

Tamara Petkévich

MEMORIAS DE UNA ACTRIZ
EN EL GULAG

TRADUCCIÓN DE ALEXANDRA RYBALKO TOKARENKO

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Жизнь - сапожок непарный*

© Tamara Petkévich, 1993
© de la traducción, Alexandra Rybalko Tokarenko, 2023
© de esta edición: Errata naturae editores y Editorial Periférica
info@editorialperiferica.com
info@erratanaturae.com

ISBN (Periférica): 978-84-18838-81-1
ISBN (Errata naturae): 978-84-19158-53-6
DEPÓSITO LEGAL: CC-178-2023
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © Antony Williams, *Manko*,
VEGAP, Madrid, 2023
MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

CAPÍTULO I

Y no hubo infancia de color de rosa...

Anna Ajmátova

Principios de los años veinte. Petrogrado.

A mi alrededor muchas cosas se desmoronaban. Otras sólo comenzaban a existir. La Revolución, la guerra civil, aquello que sacudió los pilares de nuestra sociedad y las convicciones de la gente... Todo eso coincidió con la juventud de mis padres.

Mis padres se conocieron durante la guerra civil. Mi madre —Efrosinia Fiódorovna—, rusa, por aquel entonces recién graduada en el instituto. Al igual que muchas de sus coetáneas, creyó en la Revolución y se fue al frente, donde le asignaron un puesto de mecanógrafa en el cuartel general de una división de la que mi padre —Vladislav Iósifovich—, polaco, nacido en Riga, era comisario. Cumplió la edad mínima para el reclutamiento poco antes de la Primera Guerra Mundial y lo llamaron a filas. Fue allí, por lo visto, donde se formaron sus puntos de vista. En cualquier caso, su adhesión a la causa fue un paso completamente consciente. En 1918 mi padre se hizo miembro del Partido Comunista Bolchevique Ruso.

En una fotografía suya, fechada en febrero de 1919 y que regaló a mi madre, escribió: «Recuerda Vileyka, Mózyr, Gómel, Bobruisk...». A todas luces, eran los destinos a los que iba trasladándose su división. Cómo acabaron siendo rehenes de Petliura¹, no lo sé. En mi juventud, marcada por la falta de curiosidad sobre

¹ Simón Vasíliovich Petliúra (1879-1926), figura militar y política, y publicista ucraniano. Comandante en jefe de las tropas nacionalistas ucranianas, fue uno de los líderes de la lucha por la independencia de Ucrania a principios del siglo xx. (Todas las notas son de la traductora).

la vida de mis progenitores, no hice ningún esfuerzo por aclarar esos pormenores. Sólo recuerdo que a ambos los sentenciaron al pelotón de fusilamiento, pero en primavera, «con botas de fieltro», escaparon del cautiverio. También sé que el frente dejó a mi padre muy tocado.

Mis padres se casaron después de la guerra. Yo nací en 1920. Aquel mismo año se mudaron a Petrogrado y se instalaron en un edificio bastante curioso. En el distrito de Petrogrado el arquitecto Rufin Gabe construyó entre los años 1911 y 1912 varios inmuebles para un tal K. Chubakov. Los pisos, de alquiler, eran caros. Sus arrendatarios eran personas pudientes: ingenieros importantes, médicos, funcionarios. Entre 1918 y 1920 muchos de ellos huyeron al extranjero. Se marcharon, al parecer, a toda prisa, llevándose tan sólo las joyas y la ropa. Los muebles, la vajilla o los enseres, todo eso se quedó. Los conserjes de la vieja guardia echaron el cerrojo a esos pisos. Lo tenían todo a buen recaudo, por si volvían sus propietarios.

A base de crear sociedades cooperativas, el poder soviético colectivizó aquellos edificios. Mi padre, miembro de una cooperativa, ocupó un piso en uno de ellos, en el muelle del río Kárpovka, número 30.

El bloque tenía una torre y estaba provisto de unas columnas ornamentales; las águilas de estuco, las quimeras y los leones recostados en pedestales a la entrada de los portales parecían protegerlo de los malos espíritus.

Los balcones de nuestro piso descansaban en los fuertes y musculosos brazos de tres atlantes que, inclinando la cabeza, dirigían a los transeúntes sus vacías miradas calcáreas. Durante los bombardeos de 1942 los atlantes se desplomaron, pero los balcones sobrevivieron.

A ese rincón de la ciudad no llegaba transporte público alguno. Al mirar por la ventana, en una hora podías contar cinco, a lo sumo nueve, transeúntes. El río Kárpovka llevaba unas aguas

turbias y adormecidas. Unas barandillas de madera torcidas flanqueaban las riberas, cuyas pendientes estaban cubiertas de unos lampazos enormes, dientes de león y tréboles blancos y rojos, salpicados de esquiras de vidrio y ladrillos rotos. Lo cierto es que, por allí, podías cazar con la manga unas mariposas y libélulas preciosas.

Enfrente del edificio, en la otra orilla del Kárpovka, al lado del monasterio, encomendándose a los restos de Juan de Kronshtadt², rezaban de rodillas los creyentes y trajinaban las monjas. En la avenida Kámennoostrovski, que cruzaba el río, el lugar más concurrido era la cervecería, en cuyo escaparate descansaban, en un platito, unos cangrejos de río rojos con una guarnición de guisantes verdes, todo de mentira. Cada bocanada de aire despedía de allí a hombres que se tambaleaban en ese frío atroz. Al anochecer, en la acera frente a la taberna se apostaba un viejo violinista que tocaba la misma canción una y otra vez. Era una melodía triste; el viejo, pobre y anciano. Mamá me daba una moneda; yo la dejaba caer en el raído forro de terciopelo de su estuche y, al marcharme, miraba de reojo para ver si alguien más le echaba algo.

La antigua pista de patinaje era ahora una montaña de piedras. Mamá me contaba que antes solía haber gente muy engalanada dando vueltas por ahí con sus patines de ruedas. Después se convertiría en la sede del Palacio de Cultura Lensovet. La inundación de 1924 agravó el estropicio. Al volver de la dacha observaba, de rodillas en el asiento del tranvía, los bloques desplazados del pavimento de madera.

—¿Lo están reformando? —le pregunté un día a mamá.

—No, mi niña, es por la inundación. Todo esto quedó anegado y la madera salió a la superficie.

² Uno de los sacerdotes más populares del país durante las últimas décadas del siglo XIX y considerado un santo en vida por sus obras de caridad, sus numerosas curaciones y milagros. Fue canonizado por la Iglesia ortodoxa rusa en 1990.

Después de aquello alguien pintó en nuestra fachada una línea blanca con la inscripción: NIVEL DEL AGUA DURANTE LA INUNDACIÓN DE 1924. Las otras niñas y yo la usábamos para medirnos; la raya estaba muy por encima de mi cabeza. En esa misma época apareció en casa un banco de madera que era toda una reliquia: papá lo había usado para volver remando durante el aluvión.

En nuestro piso reinaba un orden más bien sepulcral. Era enorme; de seis habitaciones. Una sala oval con nichos, un comedor, el despacho de papá, el salón, el dormitorio infantil... Al lado de la cocina había otra estancia, para el servicio. Debían de dejarme sola en casa a menudo, porque me recuerdo deambulando, entre el espeso silencio, de cuarto en cuarto.

Lo más misterioso era el despacho de papá. Desde los respaldos y reposabrazos tallados en roble de los sillones, así como desde los cajones del escritorio, observaban los hocicos de fauces abiertas de unos leones de madera. Yo les metía el dedo en la boca con mucho ojo. No, no mordían.

Decoraban las paredes de la semivacíua sala dos espejos con un intrincado marco de bronce de estilo rococó. En la vitrina, que ocupaba la mitad de la pared del enorme y frío comedor, había pilas de platos con monogramas y coronas, así como copas de cristal multicolor de diferentes tamaños. Cuando mamá pasaba la yema del dedo por sus bordes, el cristal cantaba con dulcísonas voces. Pero el objeto más fascinante de ese comedor era una campanilla de plata. Estaba colgada encima de la mesa, un poco por debajo de los flecos de abalorios de la blanca pantalla de cristal de la lámpara. Su función era la de avisar al servicio durante las comidas: podéis traer el segundo, el tercero... La campanilla no sobraba porque nosotros también teníamos servicio.

¿A quién había pertenecido ese piso? ¿Quién vivía en él antes de nosotros? Mis padres no lo sabían. Qué era nuestro y qué no siempre sería una incógnita para mí... En aquellos espaciosos aposentos vivíamos los cuatro: mamá, papá, la criada y yo.

Mi bella y femenina madre era de carácter apacible. No trabajaba. Tenía la custodia de toda la casa, así como la mía. Mi padre, de temperamento fuerte y apasionado, vivía absorto en la idea de reconstruir el mundo. Con una entrega fanática, trabajaba allí donde lo asignasen. Según atestiguan viejos conocidos, era el responsable del Fondo de Oro de Petrogrado. Volvía tarde, no paraba mucho por casa.

Los domingos solíamos tener invitados; la mayoría eran amigos del frente. La intransigencia y la honradez que caracterizaban a mi padre reforzaron el respeto que se había ganado durante la guerra. Incluso en los años posteriores acostumbraban a dirigirse a él no por el nombre y el patronímico, sino como «comisario»: «Explícanoslo, comisario». «¿Qué opinas, comisario?». Los invitados se acomodaban en el despacho de papá, recordaban el pasado, discutían, fumaban.

Me recuerdo escuchando con suma atención uno de los relatos de papá: el de una vez que, tras hacer un alto en el camino, encender una hoguera y hervir unas gachas, apareció, a saber de dónde, una niña zarrapastrosa de unos diez años. Mirando extasiada cómo los soldados daban cuenta de la comida, comenzó a decir de forma atropellada e insistente algo de entrada incomprendible: *Novyiacomé, novyiacomé* (No voy a comer). Pero, cuando por fin le ofrecieron un cuenco, lo vació en un santiamén.

De las conversaciones de los mayores asimilé que pronto no habría pobres y que todos viviríamos igual de bien. Las casas se construirían de forma diferente, nueva: traerían mucha tierra y en las terrazas de los edificios plantarían árboles y flores, construirían piscinas. Las amas de casa ya no tendrían que preparar la comida: unas cocinas mecanizadas lo harían por ellas. Pero lo más maravilloso de todo serían las guarderías... Con plantas exuberantes en las macetas, verde por doquier y acuarios en los que nadarían exóticos pececillos... Niños saciados y vestidos. Padres tranquilos sabiendo que sus hijos estarían bien, padres con

tiempo libre que cada tarde irían al cine después de trabajar. El cine, por descontado, sería gratuito.

Durante un tiempo nuestro piso pasó a ser simplemente «de exhibición». «Han llegado los comunistas alemanes. Mañana vendrán a casa», le decía mi padre a mamá. O «Ha llegado la delegación búlgara. Se pasarán por casa...», «El domingo hay que recibir a los camaradas españoles...». Y se presentaban con un traductor. Gentes elegantes, educadas, que examinaban el piso, hacían preguntas. Seguramente, durante esos primeros años del poder soviético nuestra vida era un ejemplo de cómo se suponía que debían ser las cosas; una vida más que presentable.

Es evidente que a mí esas cuestiones ni me iban ni me venían. Estaba absorta en las riñas familiares, de cuya existencia, al parecer, nadie de nuestro círculo sospechaba siquiera. Mis padres se peleaban. Sin gritos histéricos, pero lo cierto es que sí alzaban la voz. Sus eternas discusiones resultaban en un silencio opresivo que invadía toda la casa. Tras acucillarme detrás de las barandillas de hierro colado de nuestro balcón, los observaba pasear a lo largo del Kárpovka deseando una sola cosa: que hicieran las paces.

No descarto que, más allá de los problemas estrictamente personales que les atormentaban, una de las causas de sus desacuerdos fuera el asunto de mi educación. Más de una vez escuché en boca de mi padre un inflexible «¡No!». Sin ir más lejos, por Navidad, fechas en las que el conserje, por ejemplo, traía un árbol. Mamá se ponía a decorarlo. Cuando papá la sorprendía enfrascada en esa tarea, recalaba:

—¡Como comunista que soy no permitiré que haya un árbol de Navidad en casa!

—Pero los niños lo necesitan —protestaba mamá.

—¡Pues que crezcan sin arbolitos ni velitas!

Y lo dejaban ahí, en un rincón del comedor, abandonado e inútil. Acompañado del miedo que mi padre me provocaba.

Algo parecido sucedió cuando llegó una de mis abuelas. La madre de mi padre, la abuela Úrsula, vivía en Riga, que entonces se consideraba el extranjero. En cuanto a mi abuela materna, había muerto dando a luz. Mi madre llamaba «mamá» a la tía que la había criado, y yo, «yaya Daria». Fue con la llegada de yaya Daria cuando entraron en mi vida la ternura y los dichos, ese encantador deje bielorruso al hablar. Me empapaba con avidez de sus cuentos sobre la rivalidad entre el viejo príncipe Diamante y el joven príncipe Cimbalillo, sobre la tierra de leche y miel, y sobre Cenicienta. Yaya Daria no tardó en enseñarme a jugar a las cartas y, menos aún, en llevarme a la iglesia. Ahí fue cuando se armó la marimorena.

—¡Ni se le ocurra llevar a la niña a la iglesia! —se enfureció papá.

Y la abuela, después de la severa amonestación, susurró impasible:

—Sin Dios, apaga y vámonos. Iremos igualmente, sólo que a hurtadillas.

Lo de «a hurtadillas» nos duró poco. Después de que nos pillaran, la abuela se fue y yo empecé a comprender lo que significaban las palabras «Papá tiene un carácter difícil». «Bastaba con que me entretuviera en alguna estación...», le contaba a una amiga mamá hablando de la época de la guerra, «... que él, sin dejar que nadie me avisase, mandaba que el convoy se pusiera en marcha. Y ya me ves corriendo para atraparlo. ¡Y anda que no me cantaba las cuarenta! De sus broncas y observaciones no se salvaba nadie...». Mamá le confesaba a su amiga el miedo atroz que le tenía al estricto comisario y lo anonadada que se quedó cuando éste, de pronto, le confesó su amor.

Yo, que compartía el temor de mamá y empatizaba mucho con ella, también me sentía intrigada por el difícil carácter de papá. «Para él también debe de ser muy duro», reflexionaba observándolo a escondidas. Y estallaba de alegría cuando tenían

lugar los «domingos sorpresa». Por la mañana, desde la cocina me llegaba un olor apetitoso. Papá estaba horneando bollos. Le salían esponjosos y aromáticos. Entonces se transformaba, se volvía irreconocible. Me chinchaba, bromeaba con mamá. En aquellos días, mamá estaba radiante. Y yo deseaba con todas mis fuerzas que siempre fuera así.

Cuando la abuela Úrsula llegó de Riga, el papá-hijo —que cuidaba de su madre, era atento y cariñoso— también me gustó mucho. Era la primera vez que esa abuela «extranjera» veía a mi madre. Se quedó encantada. Con su blusa nívea con bordados y su falda plisada, mamá estaba estupenda. Los que la conocían la llamaban *la Venus de Milo*. Papá y ella hacían muy buena pareja. Por entonces, mi padre solía llevar una camisa rusa a lo Tolstói con un lazo. Junto con la venerable abuela, y por insistencia de mi padre, toda la familia fue retratada en el estudio de fotografía de V. I. German, famoso en Petrogrado.

En Riga mi padre tenía hermanas y un hermano pequeño. Yo disfrutaba repitiendo sus nombres en voz alta: Iogasia, Leokadia, Viktoria, Isidor. También vivía allí mi prima Benita. Después nacerían dos primas más: Veronika y Brigita. Papá se carteaba con ellos.

Por mucho que viera que papá quería a la abuela que nos visitaba y a mamá —a pesar de sus frecuentes peleas—, era incapaz de entender lo que sentía por mí.

Al mismo tiempo que soñaban con la prosperidad infantil, con la magnificencia de las guarderías del futuro, mis padres me criaban de una forma bastante peculiar. Siempre iba bien vestida. Me acuerdo de las bonitas cintas para el pelo y de un vestido blanco con rosas azul celeste que me regalaron por mi cumpleaños. Para vigilar-me, una vez incluso trajeron a casa a una institutriz. Mi recuerdo más vivo no es tanto de ella como de los muebles con los que se instaló en mi dormitorio: un sofá, un tocador y un biombo tapizado en damasco crema en el que

habían bordado flores y loros exóticos. Eso sí, a decir verdad, la institutriz no duró mucho. La sustituyó la criada de turno, por lo que acabé libre para campar a mis anchas.

Sin entender mucho de lo que sucedía a mi alrededor ni absolutamente nada sobre mí misma, descubría el mundo por mi cuenta, cual salvaje. Como me sentía aislada de la extraña y efervescente vida de mis padres, la mayoría de las veces ni siquiera me decidía a preguntarles algo.

—¡Tráeme unos cuantos periódicos! —gritaba mamá desde la otra habitación.

—¿Cuántos son «unos cuantos»? —preguntaba yo.

Mamá se enfadaba.

—¡Qué niña más terca!

Yo sabía lo que eran uno, dos, diez. Pero, al no entender cuántos eran «unos cuantos», le llevaba a mi madre todos los periódicos que encontraba.

Trato de recordar honestamente por qué me castigaban y no puedo. Como si esos recuerdos los hubiera sellado el más elemental y remoto de los miedos. Sé que no robaba, no mentía, no decía palabrotas. ¿Corría como una loca por la casa? ¿Me raspaba las rodillas en la calle? ¿Puede ser! ¿No hacía caso? Es posible. Algún motivo debían de tener. En el dormitorio de mis padres, del cabecero de su cama niquelada colgaba una fusta de cuero trenzada. Yo era su destinataria. Cuando me quedaba sola en casa y la tocaba, no me daba el menor miedo. Pero cuando papá me azotaba con ella... ¡ay! Nunca veía venir el momento en que la alzaba para fustigarme. Se entregaba por completo, sin piedad. Mis alaridos no hacían más que enardecerlo.

«Papi..., para, por favor..., papi, ¡no volveré a hacerlo!», gritaba retorciéndome entre las tenazas que eran sus piernas y brazos. «¡No me pegues, papi, no me pegues, por favor...!».

Pero mi malhumorado «papi» continuaba zurrándome. Yo misma empezaba a oír cómo chillaba, ahogándome en llanto

hasta ponerme azul. Era como si los gritos se desprendiesen de mí y quedasen suspendidos en algún lugar cercano. Y, mientras, él seguía dale que te pego con la fusta, por los hombros, por la espalda y más abajo, por las piernas. De tunda en tunda aprendí a aguantar más y a gritar menos, y me volví más propensa a pedir perdón. Me fui convirtiendo en una «niña terca» de veras, aunque continuaba teniéndole un pánico ciego a mi padre.

Si después del castigo físico de turno no imploraba que me perdonasen, me ponían de cara a la pared en un rincón. La tarde se convertía en noche, mis padres se iban a dormir y apagaban la luz. En mi interior todo se vaciaba y secaba, las lágrimas y los sollozos se extinguían, enmudecían también los ruidos de la calle. ¿Ir y decirle «perdóname, papi»? No quería hacerlo. El mundo era malo y cruel. Mi imaginación se desdoblaba. Un resplandor inundaba la oscuridad de mi rincón junto al armario y de ese brillo plateado surgía el candado del príncipe Diamante de los cuentos de yaya Daria. Bajo las tablas del suelo rascaban ratones de carne y hueso, las doce campanadas sonaban en un reloj de verdad y... Cenicienta, al huir del baile, perdía su zapatito de cristal...

Mamá no podía soportarlo, saltaba de la cama: «Ve, mi niña, pídele perdón a papá y podrás irte a dormir». Y yo, con voz insulsa y apagada, acababa por decir: «Perdóname, papi», tras lo cual me dejaban marcharme y me vencía el sueño.

De niña a menudo soñaba con lo mismo. En mis sueños se me aparecía una figura incomprensible, parecida a un jeroglífico cirílico. Algo así como la cornuda letra Ж entrelazada con una Ф. El signo, ora se hinchaba sin cesar y aumentaba su caparazón, a punto de estallar, ora se desinflaba, como si en su interior hubiera unos pulmones capaces de inhalar y exhalar el aire. Casi hasta suplantarme. Yo ponía todo mi empeño en deshacerme de él, lo repelía a golpes y me despertaba asustada. Quién sabe, tal vez fuera una señal del destino, que entonces fui capaz de memorizar, pero que aún no sabía descifrar.

También hubo noches insomnes. A veces soñaba que mamá había muerto. Presa del terror, saltaba de la cama y corría de puntillas al cuarto de mis padres para comprobar si mi madre respiraba. Después de eso tardaba mucho en dormirme. En la calle, bajo mi ventana, se balanceaba un farol. A veces crujía el parque; otras chirriaba la portezuela del armario... Del descampado me llegaban ruidos estremecedores: era el viento, que aullando hacía rechinar el hierro de las puertas oxidadas y desencajadas de los sótanos y almacenes... No, no me asustaba, pero me sentía sola. Y por las noches tenía la certeza, mucho más aguda que de día, de que nadie me quería.

En nuestro edificio, en el piso de arriba, vivía la familia del doctor D. Padre médico, madre bióloga y dos niños de mi edad, Liolia y Vova. Los dos hermanos venían a jugar a casa de cuando en cuando. Les gustaba nuestro organillo Ariston, que se diferenciaba del gramófono en que sus discos eran de cartón grueso lacado. Pero, por lo general, era yo la que pedía que me dejaran salir:

—Mami, ¿puedo ir a casa de Vova y Liolia?

—Una hora como mucho —respondía ella.

En el piso de los D. había pocos muebles. El parque acuchillado brillaba y dejaban los ventanillos abiertos todo el día. En el escritorio de su madre había un microscopio. Pero a mí lo que más me atraía era el trapecio. Estaba colgado en el dintel de una puerta, entre dos habitaciones. Por turnos, aprendíamos a hacer flexiones con los brazos, cosa que era hartamente difícil. Me caía a menudo, pero, sobreponiéndome al dolor, no me rendía: no quería que Vova me dejara atrás.

Me interesaba sobremanera cuanto ocurría en aquella casa. Cuando los padres de Vova y Liolia volvían del trabajo y se sentaban a la mesa para cenar, el padre preguntaba: «A ver, va, contadme, ¿cómo os ha ido el día?». Y los niños, hilando los pequeños y grandes sucesos del día, respondían. Yo era toda oídos y,

sorprendida, observaba que a los adultos les interesaba cualquier asunto de los niños.

—Tía María, ¿por qué mi padre no me quería? —osé preguntarle a una pariente, siendo ya una mujer adulta que había pasado por muchas cosas.

—¿Cómo que no te quería? —Se me quedó mirando pasmada—. Vaya que si te quería.

Entonces, ¿a qué venía tanta paliza? ¿Acaso no le recordaba a aquella orgullosa chiquilla que repetía *Novyiacomé* en vez de «Tengo hambre»? Desde pequeña había oído decir a los amigos de mis padres: «¡Ya no queda gente como Vladislav Iósifovich!». Y yo también lo creía: papá no era mala persona, ni mucho menos. Y dudo que la explicación de por qué pegaba sin piedad a una mocosa fuera sencilla. Tal vez se trataba del precio que había que pagar por los traumas que le causó el frente. O quizá de su manera de deshacerse de la crueldad acumulada durante los años de la guerra civil. Aunque ahora no queda nadie que pueda explicármelo, continúa atormentándome ese pensamiento. ¿Por qué? ¿Qué pretendía? Una cosa tengo clara: para mis padres, fui una hija inoportuna.

Todos hemos tenido un miedo secreto de pequeños. El mío era el orfanato. La sola palabra me daba pavor. Me quedaba petrificada mirando a las parejas de niños vestidos de gris que sacaban del edificio de enfrente. Aquellas chaquetas grises de satén sin acolchar en vez de abrigos, aquellos gorros de paño gris. Mansos y en orden, se dirigían a los baños públicos o iban de paseo. En otoño cada uno volvía del bosque con una triste hojita de arce; en invierno, con ramas de abeto. A los niños del hospicio los llamaban «huérfanos». Mi miedo se exacerbó cuando un día mamá me castigó.

Para coger una taza de la vitrina hay que acercarse a una silla y subirse a ella: es la única manera de sacar la taza del estante de arriba. Aceleraré el proceso si pongo un pie en la llave que sobresale

de la portezuela inferior del mueble; entonces alcanzaré la taza en un pispás. Eso es lo que hago. La llave se rompe bajo mi peso, yo me precipito al suelo, la taza se rompe en mil pedazos. Mamá entra, me descubre y... «¿Ya estás haciendo de las tuyas?!», grita. «¡Fuera de casa ahora mismo! ¡Vístete y arreando al orfanato!». No puedo creer lo que oigo. «¡Fuera, al orfanato!». Mamá no se sosiega. Me lleva hasta la vitrina, me corta un pedazo de pan y me lo da. «Toma, para el camino. ¡Vístete y largo con los huerfanitos!». Su mano señala la puerta con autoridad.

Yo empiezo a temblar de arriba abajo. Ya no lloro; al parecer, aúllo. Obviamente, nadie me echó de casa. Aun así, aquel día dejé de creer en la incondicionalidad del amor materno, que hasta entonces había sido el pilar de mi existencia. Esa inseguridad, que no me abandonaría en décadas, nació más o menos ahí. Mi yo de seis años no supo comprender dónde acababa mamá y dónde empezaba la mujer, con sus penas y desgracias, que a ella le sobraban.

De mi niñez, recuerdo con cariño la decisión de mi madre de que estudiara en el grupo de una francesa. La «francesa» resultó ser rusa, Ekaterina Ivánovna, esposa del general zarista Balanin, que durante la guerra civil se había pasado al bando de los soviéticos. Una de las habitaciones de su piso, en la que se me permitía entrar, se me quedó grabada de forma especialmente vívida en la memoria. Sus paredes estaban repletas de fotografías de damas con sombreros de ala ancha y militares con uniforme de charreteras. El sol se paseaba por sus lustrosos marcos ovals y circulares, se acomodaba en los cojines de las butacas. Un viejo callado de bigotes exuberantes —el propio general Balanin— leía sentado en uno de los sillones enfundados.

Ekaterina Ivánovna, una mujer con una melena canosa recogida en un moño alto y vestida con una rebequita de lana de color burdeos y una larga falda negra, no sólo nos enseñaba francés. Allí, diez u once niños aprendíamos a escribir, a sumar y

restar, a forrar cartón con papeles de colores y a fabricar joyeros y cajitas. Nos enseñaba a hacer reverencias, nos explicaba por qué no debíamos alzar la voz; vamos, todo aquello contra lo que luego se rebelaría el colegio (por hacer reverencias más de una vez recibí suficientes en conducta).

Por Navidad nunca faltaba el árbol. Se juntaban tanto niños como padres. Fue allí, en una representación de la fábula de Krylov *El ratón y la rata*, donde interpreté mi primer papel. Nadie comprendía por qué, después de aprenderme el texto del Ratón, me negaba a ponerme la bata gris confeccionada expresamente para el personaje. Y yo no me decidía a confesar que me recordaba a las chaquetas de los «huerfanitos» y por eso me daba tanto miedo. También fue allí donde me gané el mote de *Ojito Derecho*. Yo era el ojito derecho de Ekaterina Ivánovna. Su mano anciana me acariciaba la cabeza, en sus vivos ojos veía ternura. Se lo pagaba con un apego ferviente, lealtad y éxitos.

El grupo, no obstante, tuvo un recorrido breve. Su final está relacionado con unas palabras que por aquel entonces no significaban nada para mí: «Los han deportado». Seguían entre nosotros, pero no aquí, sino en algún lugar remoto. ¿Y qué pasaría con la pared de las fotografías bonitas? ¿Cómo serían las cosas sin Ekaterina Ivánovna?

Mamá y yo solíamos veranear unos meses en Bielorrusia. Y hubo un verano muy curioso en el que las dos acabamos en la hacienda Puchkovo, arrasada y abandonada por la gente, pero no de la mano de Dios. Si fue uno más de los deseos arbitrarios de mi madre, ¡bendito sea! ¡Por los siglos de los siglos!

Incluso ahora me sigue pareciendo que mi existencia tiene dos principios. Y el auténtico, el arcano, parte de aquel feliz verano.

Recuerdo bien el trayecto hasta allí, hasta la hacienda, primero cruzando el bosque, luego campo a través. Después aparecía

una pared de árboles plantados que se convertían en una alameda con un buen camino recto y allanado. Tras girar a la derecha, un jardín; a la izquierda, una casa de piedra blanca conectada, por un paseo de jazmines y lilas, con otra de madera de dos pisos, con terrazas. Alrededor no había un alma. La aldea más cercana, Popádino, estaba como a un kilómetro y medio.

Nos instalamos en la casa de piedra, en una de las habitaciones que se habían salvado, con sus suelos empedrados y resonantes, sus puertas acristaladas rotas, su escalera de caracol, que llevaba al desván. En los parterres de alrededor florecían margaritas blancas y rosas. Detrás, un huerto de árboles frutales de cerca de un kilómetro de largo.

Durante aquel insólito verano, ese fragmento del pasado, que parecía fuera de su tiempo, había sido entregado a la destrucción y... a nosotras. ¿Para qué? Lo más probable es que fuera para enseñarme el significado de la libertad y para que recordara, durante el resto de mi vida, ese rincón de la naturaleza del que la caprichosa fantasía del ser humano se había apropiado.

Nos levantábamos temprano. Mamá me ponía unas tijeras en las manos: «Ve a cortar un ramo de rosas». El rosal estaba tras una valla al otro lado del camino, repleto de arbustos con rosas blancas, rosas, de té y casi del todo negras. El rocío aún cubría la hierba y las hojas. Las refrescaba. Las espinas se me clavaban en los dedos y me raspaban las manos, como protegiendo heroicamente las flores que acababa por cortar. El sol todavía no quemaba. Con sus alitas de cristal azul vivo, las libélulas, ora planeaban, ora se quedaban suspendidas. Dándose un festín, las avispas y las abejas zumbaban. Los pájaros se deshacían en cantos. Aquel jardín desatendido se alejaba del ser humano, asilvaba su belleza. Como si estuviera vivo, dejaba sentir su genio, su protesta y... su desamparo.

Los campos empezaban donde acababan la alameda y el jardín. Yo me metía en la planta de guisantes, entre sus tallos

serpenteantes, succulentos y quebradizos, partía en dos mitades las vainas, probaba sus dulces frutos y observaba a una alondra diminuta retozando y gorjeando en el cielo en el caluroso mediodía. En las lindes del bosque recogía fresas silvestres. En el jardín también había muchas bayas: frambuesas, uvas crespas, grosellas. Mamá hacía mermelada en un perol de cobre.

Allí la tarambana de mi madre cantaba sin parar, como nunca lo había hecho, y cantaba sobre lo que sucedía a nuestro alrededor: «Prende la mañana, se arrebolan las aguas...». En efecto, las aguas del lago, adonde íbamos a bañarnos, se arrebolaban, y las gaviotas rozaban con las alas su superficie lisa. En el lago se había conservado una vieja piscina natural; el musgo verde de una de sus paredes retuvo una vez el anillo de casada de mamá, que se le había caído. Sin ningún tipo de vergüenza, palpando todo lo que se le pusiera por delante, mamá acabó por emitir su grito triunfal: «¡Lo tengo!». Y yo no podía quererla más.

En los remansos profundos había siluros, pero yo estaba convencida de que también había demonios. Colocaron, en un estrecho y pantanoso istmo entre los lagos, unas tablas a modo de puente. No me decidía a confesarle a mamá que mi recelo era por los demonios y, cuando de camino a los baños de la aldea cruzábamos el jardín iluminado por la luna, no miraba dónde pisaba, sino a los lados: no fuera a ser que nos saliera uno negro y cornudo. Siempre acababa tropezándome con las tablas. ¡Por Dios! Qué poco miedo daba ese miedo infantil.

De vez en cuando perturbaban nuestro retiro adultos y niños llegados de vete a saber dónde. Jugábamos a un pilla pillá en el que por parejas teníamos que huir de quien nos perseguía. Y, junto con el resto, esquivando arbustos y mogotes, salía disparada para que me diera tiempo a juntar las manos con mi compañero. Agarrados a las maromas, nos dábamos impulso de dos en dos en los columpios del jardín: arriba, más arriba, sin temor, para salir volando por encima de la verja, por encima de los árboles,

alcanzar a divisar un trocico de ese campo remoto, evadirnos, con una pizca de esas alturas vertiginosas. Qué eran la libertad, el amanecer y el crepúsculo lo aprendí entonces.

Muchos años después supe que, antes de la Revolución, la hacienda Puchkovo había pertenecido al terrateniente Shíshkin, que administraba el Teatro Maly³ de San Petersburgo. Decían que su capataz era un bestia; el propio terrateniente era un buen hombre. Iba a la hacienda con una artista gitana de la que estaba enamorado. Tenía otra rareza: cada año cambiaba los muebles. Encargaba un mobiliario de abedul de Carelia, después lo sustituía por uno de caoba, luego por otro de castaño, y mandaba que le llevaran al desván aquel que ya había cumplido su función. Durante la Revolución se fue al extranjero y los campesinos de las aldeas circundantes arramblaron con todos los muebles.

Mamá y yo sólo pasamos un verano en Puchkovo, allá por 1925. Los siguientes fuimos a la aldea vecina de Popádino, donde vivían los hermanos de tía Daria: el tío Grisha y el tío Kolia. Tenía cuatro hermanos. Después de la muerte del padre, a cada uno le tocaron nueve desiatinas⁴ de tierra. Dos hermanos dispusieron de la herencia a su manera y se marcharon; las casas de los otros dos, los que se quedaron en Popádino, estaban una al lado de la otra, separadas por una valla. Ambos tenían vacas y otros animales. Plantaban su propio trigo, que ellos mismos recolectaban. El huerto y el jardín les daban verduras, bayas y manzanas.

Allí el día comenzaba al amanecer. Las amas de casa echaban de los establos a las vacas ordeñadas, que, tintineando con sus esquilas, mugían y se empujaban obstinadas para que el pastor se las llevara a los prados. Los de la casa se despertaban,

³ En la actualidad conocido como Teatro Mijáilovski, es uno de los teatros de ópera y *ballet* más antiguos de Rusia.

⁴ La *desiatina* es una unidad de superficie arcaica que equivale a 1,09 hectáreas y que se utilizó en Rusia hasta la introducción del sistema métrico decimal, después de la Revolución de Octubre.

desayunaban y se iban al campo. Yo también salía con ellos con la fresca de la mañana. A veces me daban una hoz para que segara; otras arrancaba el lino y lo ataba en pequeños fardos. Cuando el sol estaba en su cénit llegaba la hora de remover el heno y, sacudiéndolo con un pequeño rastrillo de juguete, sacaba los tallos segados que se habían quedado debajo para que se secaran al sol. Pero, normalmente, lo mío era arrear al caballo durante la trilla. En el centro de una construcción cubierta adyacente a la era, se alzaba un poste con un travesaño al que ataban un caballo. Sentada a un lado, espoleaba al animal poniendo en marcha la trilladora. Si me cansaba, me bajaba de un salto y corría a ver a los mayores echando ahí los fardos; menudo ruido hacían al esparcirse los granos aterciopelados, que salían de la aventadora completamente limpios, sin tamo.

Recuerdo con placer que, a la hora de la comida, descansábamos a la sombra bebiendo *kvas* y comiendo pepinos con miel y pan antes de volver al trabajo. Claro que a mí me enviaban a casa antes. Sentada en el porche, me quedaba mirando a la señora de la casa, que recibía a las vacas llamándolas al establo por su nombre —Rufina, Partida, Gotita— y, cubo en mano, se ponía a ordeñarlas sonoramente.

El sol descendía. Y en el horizonte encendido se recortaban las figuras de las muchachas que regresaban del campo. En el hombro de cada una descansaba una hoz afilada. Alargando las sílabas, entonaban una canción popular: «Un joven cosaco, un joven cosaco, un joven cosaco pasea por el Don...». Oscurecía rápido. Metían una lámpara en la casa, vertían leche fresca en los bidones. Se sentaban a cenar. Comían en silencio y se iban cada una por su lado: alguna a dormir, otra a pasear.

Allí, en el pueblo, rodeada tanto de mayores como de niños de mi edad, en ese ambiente de trabajo en común, me desprendía de la soledad. Nadie me ignoraba, comía lo que los demás y con los demás y, al igual que entre ellos, conmigo también bromeaban.

Como quien se adentra en un mundo pleno y endulzado, me sumergí no sólo en esa atmósfera de diligencia, sino también en su naturaleza ritual. Durante el Ayuno de los Apóstoles, en junio, se sacaba todo el estiércol al campo. Nadie se libraba de echar una mano. Después de una tarea tan sucia, según mandaba la tradición, cualquier persona podía duchar a otra con agua helada, cosa que todos hacían, cuando no te cogían directamente en brazos y te tiraban al lago, que para eso estaba la aldea justo en su orilla. ¡Y pobre del que se atreviera a enfadarse!

La fiesta estival más poética era, por supuesto, la noche de Iván Kupala. Durante el día las muchachas trenzaban dos coronas de flores, las lanzaban al lago y observaban con avidez si el agua las juntaba o las separaba. Si las juntaba, significaba que se casarían; si no, otro año sería. La fiesta, no obstante, se animaba al anochecer. Se creía que esa noche florecía el helecho y que aquel que lo presenciara encontraría un tesoro. Con miedo de pisar una rana, temerosa de la humedad y la oscuridad más absoluta, me adentraba en la espesura sin mirar atrás: yo lograría descubrir algo inconcebible, insólitamente brillante. No, nunca llegué a ver el helecho florecer porque entre esa calima centelleaban las luciérnagas, y la lucecita verde fosforito de mi mano al final resultaba ser un trozo de madera podrida. El bosque engañaba. Volvía al claro, donde la ardiente hoguera refulgía con fuerza. Olía a humo, a chamusquina y a frescor nocturno. Los mayores cogían impulso y saltaban por encima del fuego; sus estridentes exclamaciones —«¡Oh!», «¡Uh!»— se elevaban hacia las alturas.

Y, de pronto, todo cambió en Popádino. Ese mundo idílico se hizo trizas en cuanto a alguien se le escapó la palabra «oro».

Tal vez esos acontecimientos no me habrían afectado tanto si mi padre no se hubiera visto envuelto en ellos. El Estado estaba requisando el oro de la Iglesia. La ciudad más próxima era Nével. En la aldea, unas voces asustadas y rabiosas contaban que se

habían llevado el ajuar litúrgico de oro y plata de su iglesia. Susurraban: «¡Qué pecado!»». Santiguándose con recelo, vaticinaban: «¡Dios os castigará! ¡Es una profanación!»». A quienes habían llevado a cabo ese acto tan sacrílego los llamaban los «anticristos». Y mi padre, que había hecho el inventario, se encontraba entre ellos.

Sin entender qué significaba la palabra «anticristo», observaba con curiosidad y terror las hoscas miradas de los lugareños que seguían a mi padre, quien volvía caminando por la calle, tranquilo y seguro, al parecer, de sus actos; lo miraba y... su aparente calma no me convencía.

Algo más tarde, a la edad de nueve años, irrumpieron en mi conciencia dos términos aún más despiadados y cargados de sentido: deskulakización⁵ y destierro. Este último, que tenía relación con mi primera profesora, Ekaterina Ivánovna, incluso se materializó en una imagen.

El tío Kolia conservaba en su álbum familiar las fotografías de sus dos hijas mayores. Habían sido tomadas por separado, cada una de ellas con velo y vestido nupcial, al lado de sus respectivos prometidos. Ahora se habían añadido al álbum unas imágenes apagadas, de aficionado, enviadas desde Yakutia y de Solovki⁶. No me podía creer que los bellos rostros de las novias y aquellos otros dos, severos, de las instantáneas de aficionado, que no se les parecían en nada, fueran de las mismas María y Nina. Los mayores me explicaron que no parecían ellas porque una ahora estaba enferma de tuberculosis y a la otra le fallaba el corazón. Primero deskulakizaron y deportaron a Yakutia a la familia de María. La

⁵ Fue una campaña de represión política llevada a cabo por el régimen en el marco de la colectivización de la propiedad agraria, que tenía la finalidad de acabar con los campesinos ricos o *kulaks*. Tuvo lugar entre los años 1925 y 1932, e implicó el arresto, la deportación o la ejecución de muchos de esos campesinos.

⁶ Campo de trabajo de Solovki, ubicado en las islas Solovietski, un archipiélago en el Mar Blanco. Fue el primer y, hasta 1929, único campo de trabajo forzado de la Unión Soviética. En su obra *Archipiélago Gulag*, Alexander Solzhenitsyn lo identifica como «la madre del Gulag».

segunda hermana, Nina, se había casado con un trabajador de la OGPU⁷ y vivía en Moscú. Su cuñado huyó del destierro y fue a verlos. Los vecinos denunciaron que el trabajador de la OGPU tenía a alguien escondido. Los registraron. Se confirmó. Tanto a Nina como a su marido los deportaron en el acto a Solovki.

Los acontecimientos se desarrollaban drásticamente. La deskulakización había llegado a Popádino. Durante un tiempo se discutió si las familias de los hermanos debían considerarse campesinos medios o kuláks. El tío Kolia, que tenía más tierras (el hermano mayor había puesto su parte a su nombre) y recurría, en ese ambiente tan caldeado, a mano de obra contratada, fue el primero en ser deskulakizado. Lo siguió el tío Grisha, en cuya casa me había quedado aquel último verano. Los deportaron a los dos. Cada uno tenía seis hijos. A los que aún no podían valer-se por sí mismos los metieron en reformatorios; a los demás los desperdigaron a los cuatro vientos.

Y así expulsaron de Popádino a esas y otras familias. El oloroso, succulento, ordenado y coherente modo de vida rural, capaz de curar el alma humana, fue borrado de la faz de la Tierra.

Muchas cosas estaban cambiando también en la ciudad. Aproximadamente entre 1926 y 1927 el semivació Petrogrado fue transformándose a marchas forzadas en un superpoblado Leningrado. La gente afluía desde las aldeas y otras ciudades más pequeñas. Comenzó así la llamada «congestión»⁸. En nuestro piso se instalaban familias con una orden para una vivienda. Y, muy pronto, de las seis habitaciones tan sólo nos quedaron dos.

⁷ Siglas rusas de Directorio Político Unificado del Estado, órgano de la seguridad del Estado entre finales de los años veinte y principios de los treinta, predecesora del НКВД (Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos).

⁸ En ruso *уплотнение* (*uplotnenie*), neologismo de la época que hace referencia al proceso de subdivisión de la vivienda que tuvo lugar entre los años 1918 y 1920 y durante el cual se forzó a los propietarios de pisos grandes a ceder habitaciones a aquellos que carecieran de ellas.